

---

M.-J. LE GUILLOU, *La Iglesia, luz en nuestra noche* (Encuentro, Madrid 2014) 168 pp.  
ISBN: 978-84-9055-069-4.

Una nueva obra del P. Le Guillou es traducida al español bajo el impulso del profesor numerario de la Facultad de Teología de la Universidad Eclesiástica San Dá-

maso (Madrid) Gabriel Richi Alberti<sup>3</sup>. En este caso es uno de sus alumnos quien se ha encargado de la edición, la traducción y la invitación a la lectura: Jaime López Peñalba<sup>4</sup>.

El autor, Marie-Joseph Le Guillou o.p. (1920-1990), es doctor en teología, profesor del *Institut Catholique* de París, donde fundó el Instituto Superior de Estudios Ecuménicos, y miembro del centro ISTINA de París y de la Comisión Teológica Internacional. Es conocido por su trilogía trinitaria que comenzó por el Hijo: *El que viene de otra parte. El Inocente* (Monte Carmelo, Burgos 2005) [*Celui qui vient d'ailleurs. L'Innocent* (Cerf, París 1971)], continuó con el Padre: *El misterio del Padre. Fe de los Apóstoles. Gnosis actuales* (Encuentro, Madrid 1998) [*Le Mystère du Père. Foi des apôtres. Gnosés actualles* (Fayard, París 1973)] y completó con el Espíritu Santo: *Los testigos están entre nosotros. La experiencia de Dios en el Espíritu Santo* (Encuentro, Madrid 2013) [*Les témoins sont parmi nous. L'expérience de Dieu dans l'Esprit Saint* (Fayard, París 1976) (Éditions Parole et Silence, París 2004)]<sup>5</sup>.

La obra recoge las meditaciones de un retiro espiritual. No se trata del primer libro de este género. A inicios del 2014 salió la edición española de otro retiro *¿Cristiano en el mundo! ¿Es posible en nuestro tiempo?* (BAC, Madrid 2014) [*Chrétien dans le monde. Est-ce possible aujourd'hui?* (Mame, París 1992; Éditions Parole et Silence, París 2002)]<sup>6</sup>. Las charlas que dan lugar al presente texto fueron impartidas por el autor a las Benedictinas del Sagrado Corazón de Montmartre en 1972, congregación que le acogió desde que le diagnosticaron la enfermedad de Parkinson en 1974 hasta

3 Cf. G. RICH ALBERTI, *Teología del misterio: El pensamiento teológico de Marie-Joseph le Guillou o.p.* (Encuentro, Madrid 2000), traducido al francés en edición actualizada: *Théologie du mystère. La pensée théologique de Marie-Joseph Le Guillou, o.p.* (Parole et Silence, París 2012); lo., *Inventaire de la Bibliothèque de P. Marie-Joseph Le Guillou o.p.* (Subsidia Instrumenta 6, Universidad San Dámaso, Madrid 2013); lo., *Inventaire du Fonds P. Marie-Joseph Le Guillou o.p.* (Subsidia Instrumenta 5, Universidad San Dámaso, Madrid 2012). La edición española e invitación a la lectura de M.-J. LE GUILLOU, *El Rostro del Resucitado. Grandeza profética, espiritual y doctrinal, pastoral y misionera del Concilio Vaticano III* (Encuentro, Madrid 2012) y las ediciones de la misma obra en italiano y francés: M.-J. LE GUILLOU, *Il Volto del Risorto. Grandeza profetica, spirituale e dottrinale, pastorale e missionaria del Concilio Vaticano II* (Cantagalli, Siena 2012); M.-J. LE GUILLOU, *Le Visage du Ressuscité* (Parole et Silence, París 2012). La edición española de M.-J. LE GUILLOU, *Los testigos están entre nosotros. La experiencia de Dios en el Espíritu Santo* (Encuentro, Madrid 2013) y la edición española e invitación a la lectura de M.-J. LE GUILLOU, *¿Cristiano en el mundo! ¿Es posible en nuestro tiempo?* (BAC, Madrid 2014). Otros artículos de G. Richi sobre Le Guilloalano y francillou en la Facultad de Teologu: "Bibliographie de Marie-Joseph Le Guillou": *Nova et vetera* 75 (2000) n. 3, 63-87; "Perfil biográfico y teológico de Marie-Joseph Le Guillou o.p.": *Revista Española de Teología* 61 (2001) 53-100; "El Rostro del Resucitado de Marie-Joseph Le Guillou. Un valioso instrumento para una recepción teológica del Concilio Vaticano II": *Estudios Trinitarios* 47 (2013) 5-42; "Introducción", en: M.-J. LE GUILLOU, *El misterio del Padre. Fe de los Apóstoles. Gnosis actuales* (Encuentro, Madrid 1998) 7-25.

4 De él es también la invitación a la lectura de M.-J. LE GUILLOU, *Los testigos están entre nosotros. La experiencia de Dios en el Espíritu Santo* (Encuentro, Madrid 2013).

5 Cf. Recensión en *Revista Española de Teología* 74 (2014) 185-190 (Eduardo Torano López).

6 Cf. Recensión en *Revista Española de Teología* 74 (2014) 637-642 (Eduardo Torano López).

su muerte<sup>7</sup>. Estamos precisamente en el mismo período en que concluía *El misterio del Padre*, con lo que encontramos en ambas obras numerosos temas que se repiten, aunque aquí de un modo más accesible. Son los primeros años del postconcilio en los que la Iglesia experimenta una gran crisis.

La Introducción la centra en la situación contemporánea de combate que pone a prueba la fe, pues coexisten una búsqueda espiritual verdadera con una gran desorientación doctrinal y existencial. La gravedad del peligro que denuncia Le Guillou radica en que no se trata de cuestionar un dogma particular, sino la misma fe, su objeto formal y su alcance teologal. De ahí que el autor vea un paralelismo con la crisis gnóstica que azotó la iglesia primitiva y que encaró frontalmente San Ireneo. Por eso habla de una nueva gnosis que, empleando las mismas categorías de la fe de la Iglesia, conduce a la confusión y cuyo fin último es la desvertebración de la misma estructura de la fe. Para combatirla ve necesario volver a la confesión apostólica, que es para la Iglesia la norma definitiva del testimonio trinitario, y redescubrir en verdad la unidad orgánica de la revelación.

Con este fin comienza el cap. I poniendo en el centro la Cruz: "La Cruz, revelación del misterio". En realidad el tema de la Cruz es central en la teología de Le Guillou y así aparece repetidamente en esta obra. La Cruz ha de verse desde el misterio trinitario, pues todo lo que se da en Cristo viene del Padre y se realiza por el Espíritu Santo. Así mismo, el autor quiere subrayar cómo todas las obras y palabras de Cristo tienen su sentido y eficacia desde la Cruz. Sin embargo, no es fácil entrar en la comprensión de este misterio. Así ocurrió con los apóstoles, que se resistieron al camino de la Cruz y no lo comprendieron (cf. Mt 16,22; Lc 24,21-24). Pero después de pasar la Cruz, el Espíritu Santo los iluminó en la comprensión del misterio del Padre, revelado por Cristo, conduciéndolos de la sombra a la luz de la gloria. Finalmente, después de estas dos etapas (incomprensión e iluminación), viene la memoria de los apóstoles que, bajo la moción del Espíritu, releen los contenidos proféticos de la Escritura desde los hechos concretos de la vida de Cristo. Aquí destaca la Eucaristía, que va unida a la Bendición (*berakoth*) y este vínculo hace posible que la estructura del cristiano sea eucarística, pues su vocación es la bendición. De manera que el misterio de la Iglesia es la confesión de fe de hombres "eucaristizados", transfigurados por el misterio de Dios, que viven la Cruz como gloria.

En el cap. II, titulado "la paternidad divina y la estructura de la Iglesia", fundamenta el lugar de los apóstoles a partir de la paternidad de Dios. Así comienza descubriendo el misterio del Padre, revelado por Jesucristo, como un misterio de paternidad en el amor. Esta paternidad, propia del Padre, se manifiesta a través de su imagen, Cristo, y esto fundamenta que el que es la imagen del Padre (cf. Col 1,16) sea la cabeza de la Iglesia. Y a imagen de esta paternidad que se da en Cristo ésta se manifiesta también en los apóstoles y sus sucesores. Junto a esta paternidad está la maternidad amorosa del Espíritu Santo, que se manifiesta en María y en la Iglesia como madre.

7 Precisamente abre la edición francesa del mismo (*L'Église, lumière dans notre nuit*, Parole et Silence, Paris 1997) la presentación de la entonces superiora Madre Marie-Agnès.

Esta maternidad de María (y de la Iglesia, de la que María es imagen), proclamada por Jesús en la Cruz, es central, aunque el primer plano lo ocupe la paternidad de Dios manifestada especialmente en los apóstoles. Después de fundamentar desde el misterio del Padre el puesto de los apóstoles lo describe: la Iglesia está fundada sobre los Doce y especialmente sobre Pedro. Este orden es querido por la libertad y sabiduría divinas, no es un invento postpascual de la Iglesia primitiva. Frente a este juicio, señala que hay razones, también exegéticas, que manifiestan que tiene su origen en Jesús.

Los apóstoles han establecido sucesores tal y como atestiguan las Escrituras (cf. Hch 14,23; Tt 1,5) y los Padres de la Iglesia (ya desde los primeros: Clemente de Roma, Ignacio de Antioquía, Ireneo de Lyon, etc.). Sobre este particular se centra el cap. III titulado "El primado de Pedro y la sucesión apostólica". Los obispos, asociados a los apóstoles como sus sucesores, están en el misterio del Padre como lo está Cristo. Su tarea peculiar es presidir y gobernar la Iglesia. El ministerio de Pedro tiene un carácter de fundamento, como su mismo nombre indica: "Roca". Pero el elegido, después de un arduo proceso a través de sucesivas resistencias y caídas, realizará su misión a imagen del Siervo, en debilidad y pobreza, para recordar a la Iglesia que debe seguir el camino del Siervo. La misión apostólica es confesar la Verdad del Padre y su designio de salvación llegando hasta la consumación de la confesión de fe por el martirio. La experiencia apostólica es una y normativa. El papel del obispo es mantener a la Iglesia en la recta confesión de fe, siendo la Iglesia de Roma la garante de la unidad de todas las iglesias, en cuanto principio y centro unificador de la confesión de fe.

En el cap. IV trata tres temas que ve unidos y así lo titula: "La confesión de fe. La bendición. La Eucaristía". Explica cómo la confesión de fe se da en la Iglesia y tiene como fin hacer presente en ella el testimonio trinitario. Este testimonio viene dado por el misterio divino del designio salvífico de elección por el que todo hombre está predestinado como hijo en Cristo para la salvación. La confesión de fe, que es la acogida de esta llamada, estructura el credo de la Iglesia, el cual, proclamado en la celebración eucarística, no puede ser cambiado arbitrariamente por pretendidas adaptaciones sociales o culturales. La confesión de fe remite a Jesucristo, el Cordero inmolado en la Cruz, que bajo la forma de Siervo es glorificado. Así, Cristo entra en un movimiento de bendición y glorificación transformando la muerte. La Eucaristía, que es inmolación y entrega, es también bendición a través de la cual entramos en la entrega de Cristo al Padre y podemos participar de la gloria del Resucitado.

El cap. V se titula "la oración y la inmolación". Consciente de que el término inmolación puede ser ambiguo, Le Guillou explica que lo entiende como expiación. Acude al evangelio de Lucas donde se insiste en la oración de Cristo como función central del Siervo. Jesús ora en todos los grandes momentos de su vida, y es en Getsemaní y la Cruz donde la oración, que alcanza ahí su cénit, se une de modo especial a la expiación del Siervo de Yahvé (cf. Is 53,10-12). En toda la vida de Jesús se hace presente la oración de intercesión por los pecadores, estando en primer plano el Amor de la inmolación. Sólo hay expiación si hay vida en el Espíritu. La oración y la Cruz están ordenadas al don del Espíritu Santo, que se recibe cuando se pide en la oración, como asegura Jesús (cf. Lc 11,8-13).

El objetivo es “la conformación con Cristo” (cap. VI) que se alcanza viviendo en Dios de día y de noche, en una oración continua que se enraíza en el mismo ser y lo transfigura por la caridad. El fundamento de esta transfiguración del ser es Cristo y se realiza por obra del Espíritu Santo. Esto supone un trabajo en la virtud, que es un don pero supone un empeño continuo. Así, la “memoria de Dios y la caridad transforman al hombre en lo más profundo, hasta el cuerpo” (p. 90) desde el interior, divinizándolo.

También de la Cruz nace y se alimenta “la comunión fraterna” (cap. VII). Somos de la familia de Dios, como hijos adoptivos en Cristo del mismo Padre, y nos une la fraternidad en el Espíritu. La clave de la vida fraternal consiste en transparentar la vida en el Espíritu Santo del que se ha dejado tomar por el amor de Dios, viendo en el otro un don. Esto se manifiesta a través de la caridad, la humildad y la dulzura, cualidades que van unidas y son necesarias para la vida en comunidad. Concluye señalando la unión fraternal que nos vincula a los santos, que ya han pasado las pruebas y nos ayudan a superarlas, en especial los apóstoles y, sobre todo, María.

“La vida en el Espíritu” es el título del cap. VIII. El autor rastrea textos de san Pablo y de san Juan, junto a algunos de Hechos de los apóstoles, para mostrar la centralidad del Espíritu Santo en sus vidas y escritos. Así, Pablo, hombre del Espíritu, estimula la vida en el Espíritu a cada comunidad según su situación particular. A algunos tiene que empujarles más, como a los circunspectos Tesalonicenses, a otros ha de moderarles, como a los Corintios, y a los Gálatas los llama a vivir en la libertad del Espíritu. A todos muestra que el origen de la experiencia del Espíritu está en la participación en el misterio pascual de Cristo por medio de la fe y el bautismo. Esta dimensión cristológica es subrayada por Juan que describe cómo Cristo es el dador del Espíritu Santo, como se anuncia ya en el Jordán (cf. Jn 1,32-34) y se realiza en los distintos momentos de su vida y misterio: ministerio público (cf. Jn 7,37-39), Cruz (Jn 19,30.33-37) y Resurrección (Jn 20,19-23). El Espíritu es acogido por la fe bautismal y vivido en el amor fraterno. Y cuanto más lleno del Espíritu, mayor es el combate con Satanás.

El cap. IX trata de los “criterios de discernimiento de la verdad evangélica”. Estos criterios pueden resumirse en uno: la Cruz. Le Guillou expone los peligros contra la verdadera fe de esos falsos profetas que se alzan hoy, como lo hicieron ya en la época apostólica, y la necesidad de una entrega total dispuestos a la persecución y el martirio. “Discernir es mantener el equilibrio de la verdad de la enseñanza apostólica en la inmolación, la agonía, la Cruz, la caridad fraterna, la bendición” (p. 134).

En el cap. X, titulado “El discernimiento espiritual en el tiempo. Economía y revelación”, alerta de la necesidad de una conciencia metafísica para que haya revelación de Dios. Si el mundo no es experimentado como lugar de la presencia del ser tomará su sentido o sinsentido conforme a la proyección subjetiva de la conciencia humana. El cristianismo es revelación histórica, temporal, que tiene su cumbre en la luz pascual.

La última meditación, cap. XI, es sobre “María y el amor del Padre”. En María al pie de la Cruz se hace presente todo el misterio de la Iglesia. María, como la Iglesia, es Madre, acoge el misterio de Dios, es misterio de comunión, de bendición y

eucaristía, de Cruz asumida y comunión fraterna. Ella conoce el mensaje apostólico porque está junto al Padre, que se entrega por sus hijos. Los ejemplos de Bernardette y Teresita muestran el cambio de perspectiva de quien se deja conducir por el Espíritu para, transfigurado, mostrar que “la fuerza se realiza en la debilidad” (2Co 12,9). Y así concluye el libro.

El retiro que da lugar al presente texto, aun habiendo sido dado hace más de 40 años, mantiene una enorme actualidad. En él el autor refleja la hondura de su teología de un modo asequible, propio no de un tratado sino de unas meditaciones espirituales, donde aparecen temas clave muy queridos para Le Guillou: el misterio pascual, la cruz, la Eucaristía, la conformación con Cristo, la vida en el Espíritu, la Iglesia, la oración, la comunión fraterna, los santos, María. En continuidad con el Concilio Vaticano II y de un modo constructivo pone las bases de una teología anclada en el testimonio apostólico que responda a los equívocos de la nueva gnosis que se ha infiltrado en la teología y los cristianos. Propone acertadamente una renovación teológica y espiritual desde la misma estructura de la fe, recuperando la necesidad de la tradición apostólica para la teología y la espiritualidad.